

XII

CONSUELOS

¡Qué vergüenza tan grande para vos y para mí! dijo María á su madre adoptiva cuando estuvieron solas en la granja de Bouqueval. Habréis reñido para siempre con madama Dubreuil, y todo por culpa mía! ¡Cuán ciertos eran mis fatales presentimientos! Dios me castiga por haber engañado á esa señora y á su hija: yo soy la manzana de la discordia entre dos honradas familias.

— Mi amiga es una excelente mujer, querida hija mía, aunque algo ligera; mas como tiene buen corazón, estoy segura de que mañana se arrepentirá de lo que hoy ha hecho.

— No creáis, señora, que yo quiera justificarla acusándoos á vos: pero vuestra bondad para conmigo os ha cegado; poneos en el lugar de madama Dubreuil. ¡Saber que la compañera de su hija era... lo que yo soy! ¿puede acaso censurarse su indignación? La señora Adela, desgraciadamente, no supo qué contestar á María, que siguió diciendo: Mañana por todo el país se sabrá esta escena deshonrosa en que me he visto: y no temo por mí, pero ¿quién sabe si la reputación de Clara no quedará manchada indeleblemente porque me ha llamado amiga y hermana? Yo debí seguir el primer impulso de mi corazón, resistir al que me llevaba hacia esa señorita, y sustraerme á la amistad que me ofrecía, aun cuando debiese por ello aborrecerme. Olvidé la distancia que me separaba de ella, y he sido cruelmente castigada, porque quizás habré causado un daño irreparable á esa señorita tan virtuosa y tan buena para mí.

— Hija mía, dijo la señora Adela después de reflexionar un momento, no es justo que os hagáis tan severos casgos, habéis sido culpable en otro tiempo, pero ¿nada vale haber merecido por vuestro arrepentimiento la protección de nuestro venerable cura? ¿Acaso no fuisteis presentada bajo sus auspicios y los míos á madama Dubreuil? ¿No son acaso vuestras prendas las que le inspiraban el afecto que os tenía? ¿No fué ella quien os instó para que tratarais de hermana á Clara? Y como he dicho no ha mucho, porque no pensaba ni debía yo ocultarle cosa alguna, ¿podía yo segura como estaba de vuestro arrepentimiento, divulgar lo pasado, y hacer con esto que tardarais en recobrar vuestra buena opinión? ¿Debía yo hacer esto imposible? Digo imposible, porque os hubiera desesperado y expuesto al desprecio de muchos que si se hubiesen visto tan abandonados como vos, no habrían sabido conservar el secreto instinto del honor y de la virtud. La revelación de esa mujer es desagradable, funesta, ¿pero debía yo, previniéndola, sacrificar vuestro reposo futuro á una casualidad que de ningún modo era probable?

— ¡Ay señora! lo que prueba hasta qué punto mi posición es falsa y miserable. Por amor hacia mí habéis tenido razones para ocultar lo pasado, y la madre de Clara tiene también motivo para despreciarme por ese mismo pasado; como me despreciará en adelante todo el mundo, porque la escena de la granja de Arnouville va á hacerse pública, y nadie habrá que la ignore. ¡Oh! yo me moriré de vergüenza, yo no podré soportar las miradas de los demás.

— ¿Ni las mías tampoco? dijo la señora Adela derramando lágrimas y abriendo los brazos á María: y sin embargo en mi corazón nunca hallaréis más que el amor y la ternura de una madre. ¡Ánimo pues, María, conoced el valor de vuestro arrepentimiento: aquí estáis rodeada de amigos, y el mundo para vos será esta casa. Nos anticiparemos á la publicidad que teméis: nuestro buen cura reunirá las gentes de la granja que tanto os aman, y les referirá la verdad. Creedme, hija mía, sus palabras tienen tanta autoridad, que esta revelación os hará más interesante todavía.

— Lo creo, señora, y me resignaré: ayer me dijo el señor cura que debía sufrir expiaciones muy dolorosas, y ya comienzan. También me dijo que algún día mis sufrimientos serían recompensados, así lo espero, y sostenida por vos y por él, durante el tiempo de la prueba no exalaré ni una sola queja.

— Vais á verlo dentro de pocos momentos, nunca os serán más útiles sus consejos. Son las cuatro y media, disponeos para marchar á la abadía, yo voy á escribir al señor Rodolfo, explicándole lo sucedido; enviaré un criado con la carta, y luego iré á buscaros á casa del señor cura, porque es urgente que los tres hablemos acerca del partido que convenga tomar.

Al poco rato la joven iba de la granja á la abadía por el camino en donde la tarde anterior quedaron en reunirse la Lechuza, el Maestro de Escuela y el Cojuelo.

XIII

REFLEXIONES

Se deduce de todo lo dicho que de las conferencias con la señora Adela y con el cura, María se aprovechó de tal modo, que cada día se desesperaba más al recordar su abyección pasada. Su talento se había desarrollado y sus excelentes instintos fructificaban en aquella atmósfera de honor y de pureza en que ahora vivía. Si su inteligencia hubiera sido menos elevada, su sensibilidad, menos exquisita y más torpe su imaginación, fácilmente se habría consolado. Arrepentida y absuelta por un sacerdote venerable, hubiera echado en olvido los horrores de la Cité en medio de la vida campestre y tranquila que disfrutaba, se hubiera entregado [sin temor á la amistad con que le brindaba la

señorita Dubreuil, y no porque mirara como poco graves los pasados yerros, sino por razonable confianza en las palabras de aquéllos y cuya oportunidad y excelencia conocía. Hubiérase entonces persuadido de que su buena conducta la nivelaba con las personas honradas, y no hubiera visto diferencia alguna entre las personas honradas y ella. La dolorosa escena de la granja de Arnouville le habría causado una impresión dolorosa, pero no hubiera previsto esa lamentable escena derramando amargas lágrimas, y sufriendo vagos remordimientos en presencia de Clara inocente y pura que dormía al lado mismo de la antigua pupila de la tía Colasa.

¡Pobre niña! ¡Cuántas veces en el silencio de sus largos insomnios se había vituperado á si misma con mayor crueldad que la empleada por los habitantes de la granja que tanto la martirizaron! Lo que mataba lentamente á María era el análisis, el incesante examen de lo que á todas horas se echaba en cara: era la continua comparación del porvenir á que lo pasado la constreñía á su pesar. La superioridad de inteligencia va casi siempre acompañada del espíritu de análisis, de examen y de comparación: en las almas altivas y orgullosas este espíritu produce la duda y la indignación contra los otros; en las almas tímidas y delicadas, produce la duda y la indignación contra si mismo. El mundo condena á los primeros y ellos se absuelven: absuelve á los segundos y ellos se condenan.

El cura de Bouqueval á pesar de su santidad, y la señora Adela no obstante sus virtudes, ó por mejor decir, uno y otro á pesar de su santidad y de sus virtudes no podían adivinar los sufrimientos de María desde que su alma, lavada de sus manchas, podía medir exactamente toda la profundidad del abismo en que estuvo sumergida. Ignoraban que los terribles recuerdos de esa joven tenían casi el poder y la fuerza de la realidad; ignoraban que aquella infeliz dotada de una sensibilidad exquisita, de una imaginación poética y fantástica, de una facilidad extraordinaria para lastimarse con una impresión cualquiera, no veía pasar un día sin recordar, decimos mal, sin sentir con pena mezclada de repugnancia y de espanto, las vergonzosas miserias de su vida pasada. Quien se figure una niña de diez y seis años, cándida, pura, y con conocimiento de su candidez y de su pureza, lanzada por algún motivo infernal en la infame taberna de la Colasa é invenciblemente sujeta al poder de aquella furia, ese tendrá una idea del efecto que en María causaba el estado de reacción en que se encontraba. ¿Bastará esto para que hagamos comprender que María con mucha frecuencia sintió no haber muerto ahogada en el cenagoso lodazal en que vivió seis meses? Por poco que se reflexione y por escasa experiencia que de la vida se tenga no parecerá exagerado lo que vamos á decir. Lo que verdaderamente hacía á esa joven digna de la compasión y del interés ajeno, era, que no sólo no amó nunca, sino que sus sentidos estuvieron siempre aletargados y

fríos. Si mujeres menos delicadas que María se mantienen castas durante mucho tiempo en un estado en que la castidad deja de ser una virtud, ¿podrá extrañarse que aquella infeliz embriagada por la infame mujer que la tuvo en su casa y arrojada á los diez y seis años en medio de la horda de salvajes que infestaban la Cité, no hubiese experimentado más que espanto y horror y que saliera en realidad inmaculada y pura de aquel lugar inmundo?

Las íntimas y honestas confianzas de Clara Dubreuil relativas á su puro amor hacia el joven con quien debía casarse, lastimaron el corazón de María: Comprendió que también ella hubiera amado mucho; que habría experimentado lo que el amor tiene de noble, de delicado, de puro y de grande; y sin embargo no le era permitido inspirar ni sentir ese afecto; porque en caso de amar, fuerza era que eligiese según correspondía á la elevación de su alma, y cuanto más digna de ella fuese esa elección tanto más debía ella juzgarse indigna del objeto elegido.

XIV

EL RAPTO

El sol se hundía en el horizonte y la llanura estaba desierta y silenciosa.

Flor de María iba á entrar en el camino hondo que otras veces hemos citado, cuando vió salir del barranco un muchacho cojo, con blusa gris y cachucha azul. Parecía estar desconsolado, y desde que avistó á la joven fuese corriendo hacia ella. — ¡Oh! Buena señora, tened lástima de mí, dijo juntando las manos y con acento suplicante.

— ¿Qué queréis, hijo mío? ¿qué os sucede?

— ¡Ay de mí! mi pobre abuela que es muy vieja acaba de caerse ahí cerca en la barranca y se ha hecho mucho daño; acaso se haya roto una pierna, y yo no puedo ayudarla á levantarse. ¡Dios mío! ¿Que será de nosotros si no venís á socorrerla? ¡Pobre abuela! Enternecida María al ver el dolor del niño, le contestó: no tengo mucha fuerza, hijo mío, pero siempre podré servirlos de algo: vamos pronto, yo vivo en esa granja de ahí abajo, y si la pobre abuela no puede trasladarse allí, haré que vengan por ella.

— ¡Oh! ¡qué señora tan buena! ¡Dios os bendiga! venid, venid por aquí, está á dos pasos del camino hondo.

— ¿Vosotros no sois de esta tierra? preguntó Flor de María caminando ya tras el Cojuelo á quien el lector habrá reconocido.

— No, señora, no, venimos de Ecouen. — ¿Y á dónde ibais?

— Á casa de un buen cura que vive en esa colina.

— ¿Quizás á casa del abate Laporte?

— Él mismo, señora, mi pobre abuela le conoce muchísimo. — También yo iba allí, ¡vaya una casualidad! dijo María, internándose más en el camino hondo.

— ¡Abuela! ¡abuela! ya estoy aquí, tened paciencia, traigo ayuda, gritó el Cojuelo á fin de que el Maestro de Escuela y la Lechuza estuviesen prontos para agarrar á la víctima.

— ¿Es decir que la abuela se ha caído aquí cerca?

— Sí, señora, detrás de ese árbol grande, en donde el camino hace un recodo: á veinte pasos de aquí.

De repente se detuvo el Cojuelo, porque en medio de aquel silencio resonó el galope de un caballo.

— También por hoy está todo perdido, dijo para sus adentros. El camino hacía un recodo muy visible á pocos pasos del sitio en que estaban María y el muchacho. En aquel punto se presentó un caballero, y cuando estuvo cerca de la joven se paró. Oyóse entonces el trote de otro caballo, y á pocos momentos vino un criado con levitón obscuro, botones de plata, calzón de ante y botas de campana. El amo sencillamente vestido con una levita de color de bronce y pantalón gris claro, montaba con mucha gracia un caballo bayo de pura raza y de singular belleza, que á pesar de la larga carrera que había dado no sudaba. El caballo del criado, que se quedó inmóvil algunos pasos detrás del señor, era también hermoso. En el amo, que tenía rostro moreno y lleno de gracia, reconoció el Cojuelo al vizconde de Saint-Remy, á quien se suponía amante de la duquesa de Lucenay. El vizconde mirando á la joven, cuya belleza le llamó la atención, le dijo:

— ¿Me haréis el favor, linda niña, de indicarme el camino de la aldea de Arnouville?

María viendo clavados en su rostro los negros y atrevidos ojos del pasajero, bajó los suyos y le respondió: Caballero, al salir del camino hondo, tomad la primera senda á la derecha que os conducirá á un paseo de cerezos que va directamente á Arnouville.

— Mil gracias, hermosa; mejor me lo explicáis vos que una vieja que he encontrado ahí tendida al pie de un árbol, pues nada he podido arrancar de ella sino gemidos.

— Mi pobrecita abuela, exclamó el Cojuelo con voz doliente.

— Otra pregunta, hija mía, dijo el vizconde: ¿Será fácil que entrando en Arnouville halle la granja del señor Dubreuil?

— Estremeciéndose María al oír ese nombre, que le recordaba la triste escena que poco antes pasara en aquella casa, y contestó: Las paredes del edificio dan al paseo que os ha de llevar á la aldea.

— Os doy gracias otra vez, linda joven: y partió á galope seguido del criado.

Las bellas facciones del vizconde se habían serenado un poco mientras estuvo parado con María; mas apenas se fué recobraron un aire sombrío, y parecieron agitadas por una inquietud profunda. María acordándose del desconocido para quien en Arnouville se disponía el pabellón del huerto, no dudó que el tal era el joven y hermoso caballero con quien acababa de hablar. El galope de los caballos estremeció todavía por algún rato la tierra endurecida por las heladas, poco á poco dejó de oirse y reinó otra vez el silencio; el Cojuelo respiró. Deseoso de tranquilizar á sus cómplices, gritó: Abuela, ya estoy aquí con una señora que viene en vuestra ayuda.

— Aprisa, niño, aprisa, ese caballero nos ha hecho perder algunos minutos, dijo María acelerando el paso.

Apenas hubo llegado al recodo del camino, cuando la Lechuza, que estaba emboscada en aquel sitio, dijo en voz baja:

— Acá, marido: y saltando sobre María, le echó mano á la garganta y con la otra le tapó la boca mientras que el Cojuelo se le enredaba entre las piernas, á fin de imposibilitarla de dar un paso. Todo esto se hizo con tal rapidez, que la Lechuza no tuvo tiempo de examinar las facciones de la joven: mas durante los pocos instantes que el Maestro de Escuela hubo menester para salir de su escondrijo y acercarse á tientas, la infernal vieja conoció á su antigua víctima.

— ¡La alondra! exclamó; y luego añadió con una alegría feroz: ¡Eres tú! Sin duda el demonio te ha traído: es estrella tuya caer en mis garras: traigo el vitriolo en el frasco, y esta vez te lavaré con él la cara, porque me da ira esa carita de Virgen. Vamos, marido; cuidado no te muerda y tenla firme mientras que nosotros la enfardamos. Agarróla al Maestro de Escuela con sus robustas muñecas, y antes que la joven pudiese dar un grito, la Lechuza le echó la capa á la cabeza y la envolvió con ella. María atada y sofocada no pudo hacer el menor movimiento ni pedir socorro.

— Coge ahora este paquete, dijo la Lechuza, que no es tan pesado como *la negra* del canal, ¿no es verdad, marido? Y como el asesino se estremeció al oír aquellas palabras que le recordaban su espantoso sueño de la noche, la Tuerta repuso: ¿Qué tienes? parece que tiembles: desde esta mañana dentelleas á cada paso como si te diera frío de cuartana y vuelves los ojos como si buscaras alguna cosa.

— Mira cómo vuelan las moscas, dijo el Cojuelo.

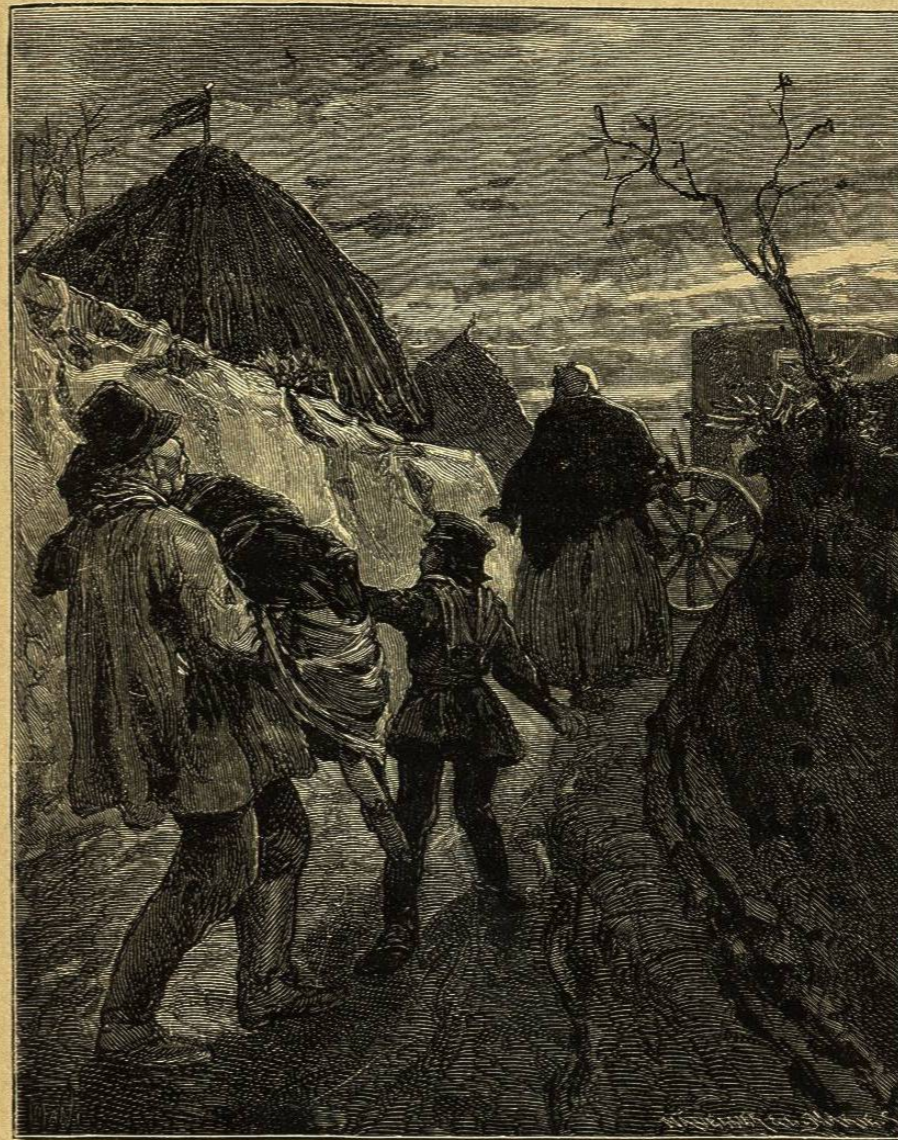
— Vamos, vamos, gritó la Tuerta, carga con la Alondra. Bueno va, añadió viendo que el asesino cogía á la joven como si fuera un niño dormido: pronto, pronto, al coche.

— ¿Pero quién me acompaña? preguntó el bandido con voz ronca apretando la ligera carga con sus robustos brazos.

— El maldito viejo piensa en todo, exclamó la Tuerta.

— Quitóse entonces el pañuelo del cuello, lo retorció por lo largo y dijo al

Maestro de Escuela: Abre la garra, coge esta punta de pañuelo entre las uñas, aprieta bien; el Cojuelo tomará el otro cabo, y no tienes más que ir siguiendo.



Y guió de este modo al bandido.

Á buen ciego, buen perro; acá tú, podenco. El Cojuelo dió un salto, imitó un ladrido, tomó la punta del pañuelo y guió de este modo al bandido. La Tuerta aceleró el paso para avisar á Barbillón.

Hemos renunciado á pintar el terror de María cuando se vió en poder de